

JUAN JOSÉ CASTILLO (2008). *La soledad del trabajador globalizado. Memoria, presente y futuro.* Editorial Catarata, 158 pp.

Con este libro a modo de memoria del trabajo realizado en el campo de la sociología industrial, Castillo repasa una serie de cuestiones de calado en este área de especialización: por un lado el legado del matrimonio Webb y el tema del cierre de fábricas y la memoria (u olvido) que dejan; por otro lado el autor reflexiona sobre los efectos de la subcontratación y los contratos laborales que dejan cada vez más solo al «trabajador globalizado». En mi opinión esta segunda parte no sólo da título al libro sino que condensa su mensaje principal, tratando con ello cuestiones de gran actualidad dada la reciente reforma laboral y crisis que, por cierto, se manifestó con toda su virulencia en 2008, el año de publicación del libro. Por ello centraré esta reseña en esta parte del libro que, entiendo, es de gran interés para el público en general. Al grupo especialista de sociólogos, el libro interesará también por sus reflexiones sobre la naturaleza de la profesión que unen las dos partes de las que está compuesto. Castillo es un firme partidario del papel del sociólogo como crítico del orden social; el sociólogo desvela lo que de contingencia y construcción social se esconde detrás de los determinismos económicos y tecnológicos que justifican y legitiman el orden

social. Con su razón crítica, el sociólogo se pone al servicio de los trabajadores.

En términos substantivos, la tesis principal de Castillo es que la globalización tiene dos caras: por un lado la producción económica se fragmenta y, con ella, el «corpus» de los trabajadores (lo que Marx denominaba el «obrero colectivo»). Pero, por otro lado, el «control empresarial» se concentra. El resultado es que el trabajo se encuentra globalizado, sí, pero también aislado, individualizado y, en definitiva, desactivado como agente colectivo. ¿Por qué medios consiguen este resultado los responsables de la producción? Castillo menciona la separación física de los trabajadores y la aceleración de la producción (vía primas individuales, por ejemplo), pero enfatiza lo que llama la «intensificación del trabajo». Citando algunos trabajadores entrevistados para un estudio cualitativo, Castillo pone ejemplos de cómo la relación de trabajo se hace precaria, exigiendo más del trabajador a la vez que le devuelve menos. Las relaciones laborales se «informalizan» sobre la base de promesas (de un contrato fijo o de, simplemente, no perder el trabajo). El resultado es «la intensificación del trabajo»: largas jornadas en las que no se pide al trabajador

«aptitudes» (i.e., cualificaciones) sino «actitudes» (de entrega).

En este punto al lector crítico le gustaría que Castillo aportara datos sobre el proceso que argumenta está en el fondo de la cuestión: el ya citado aumento de la fragmentación productiva y de la concentración del «control empresarial». La idea es muy atractiva; es una hipótesis plausible. Pero, ¿en qué se sustenta? Castillo parece decir que este es un proceso internacional, una característica de la globalización. Sin necesidad de hacer un estudio a lo Saskia Sassen en el contexto de un breve libro ensayístico, sería de esperar, en cualquier caso, que se ofrecieran algunas cifras que muestren y demuestren una hipótesis tan interesante.

Y este es, en mi opinión, el gran «punto ciego» del que adolece el autor: pese a abogar por una sociología informada tanto empírica como teóricamente, los datos que aporta no son muchos y, los que se presentan están poco analizados, por así decir. Ejemplo de ello es la discusión sobre la siniestralidad laboral. Castillo defiende la idea de que la subcontratación es causa de siniestralidad laboral. De nuevo, aquí tenemos una idea harto interesante y digna de estudio empírico. Ahora bien, la evidencia aportada consiste en citar algunos datos sobre siniestralidad del *Informe Durán*. Con ellos Castillo establece un mecanismo causal entre altas tasas de siniestralidad, por un lado, y altas tasas de contratación temporal, de trabajo no cualificado y de largas jornadas por sector de actividad y grupos de edad, por el otro.

Todo esto, claramente, es muy posible que sea así, pero para ser convincente haciendo sociología, habría que testar la correlación estadística entre las variables propuestas. Y, antes que todo, habría que darse cuenta de que correlación y causalidad son cosas bien distintas. Y si se quiere establecer lo segundo, cosa muy complicada en cualquier caso, se tendría

que reflexionar sobre qué diseños de investigación son los más apropiados para que nos aporten evidencia convincente. Sin ser un experto en la cuestión, y a riesgo de decir tonterías, se me ocurre que se podrían comparar dos o más empresas del mismo sector; unas que operen como subcontrata y donde prevalezcan los puestos de trabajo y los trabajadores con las características que Castillo entiende son causas de altas tasas de siniestralidad (jóvenes, con contrato temporal, no cualificados...). El grupo a comparar serían empresas en el mismo sector que no operan como subcontratas. Jugando en el diseño de investigación con las combinaciones posibles de características (del trabajo y de los trabajadores) enumeradas, se podría llegar a conclusiones interesantes basadas en evidencia empírica. Otros diseños de investigación posibles compararían empresas iguales en todo menos en el sector de actividad. De este modo se podría aislar la contribución del tipo de trabajo a la siniestralidad. Puede ser que, por sus tareas o contenido del trabajo realizado, los sectores de la siderurgia y los de la hostelería tengan tasas más altas de siniestralidad que la media, *controlando* por subcontratación, tipo de contrato, edad de los trabajadores, etc. En definitiva, un trabajo cualitativo diseñado a la Charles Ragin, o un trabajo estadístico con grupos de control daría mucho juego en este campo.

Otra cuestión que manifiesta el «punto ciego» de la evidencia empírica en el libro es la relativa a la discusión sobre la relación entre cualificaciones y empleo. En el capítulo cuarto Castillo cita a jóvenes madrileños sobre-cualificados con empleos precarios. La idea que transmite es que hay poca conexión entre estudios y logros laborales. Aunque, de nuevo, es una idea atrayente intuitivamente, no deja de ser una hipótesis abierta a ser estudiada con datos estadísticos. Por ejemplo, los análisis de las encuestas de población

activa señalan que las tasas de desempleo descienden a medida que el nivel de estudios de los entrevistados es más alto. Posiblemente también la calidad del tipo de ocupación, y del tipo de contrato, estén asociados al nivel y tipo de estudios (por mucho que uno pueda siempre encontrar licenciados con empleos precarios y de baja exigencia cognitiva).

De los problemas de evidencia pasamos los problemas teóricos que, básicamente, se reducen a «guerras de religión»: o crees lo que yo creo o no. ¿A qué viene esto? Viene a que la substancia del argumento teórico de Castillo consiste en proponer que hay una lucha de clases entre empresarios y trabajadores. La «globalización» es el último frente de esta lucha. Y los empresarios van ganando por lo expuesto al inicio de esta reseña: han logrado aislar a los trabajadores, los más débiles por definición, y cuya única fuerza proviene de su unión. Con la fragmentación del «obrero colectivo», el conflicto de clases se individualiza y aflora como problemas psicológicos de autoinculpación (por ejemplo, Castillo cita la disonancia entre la pobre situación personal de los trabajadores y la presentación de los ídolos mediáticos en la prensa rosa). De nuevo estamos ante ideas brillantes y atractivas para la investigación empírica. Pero, ¿en qué se sustentan? ¿Cómo se operacionalizan para que yo o cualquier lector pueda decir «sí, he aquí la lucha de clases»? ¿Cómo sé cuándo hay lucha de clases y cuando no? Con la evidencia que se ofrece se predica al convertido; el sociólogo se ve reducido al papel del creyente: ¿No resulta evidente que Dios existe pues somos testigos de la belleza y perfección suprema de la naturaleza? Análogamente el sociólogo nos ofrece la evidencia de las enfermedades del mercado laboral para, luego, preguntar: ¿No son evidencia de que las clases sociales están enfrentadas? Pero al no creyente simplemente no se le plantea la

cuestión porque no ve la conexión propuesta entre causa (Dios, lucha de clase) y efecto (belleza, malestar laboral).

Relacionado con esta cuestión, pero más útil para la disciplina en general, es el debate en el que Castillo participa sobre el papel del sociólogo en cuanto que crítico del orden social. Uno de los puntos en el libro donde se habla de esta cuestión es en la presentación del estudio empírico que el autor realizó sobre la planta Volkswagen de Navarra —y sobre el entramado de empresas subcontratadas que han florecido a su alrededor—. En base a este trabajo Castillo elabora tres de las cuestiones centrales en el libro. Primero el proceso de globalización que, igual que llevó la planta a Navarra gracias a sus bajos salarios, ahora amenaza con llevársela a otros lares con salarios aún más bajos. Segundo, este hecho nos conecta con el «pecado original» de los empresarios: la búsqueda de beneficios. Tercero, las idas y venidas de fábricas como las de Volkswagen se plantean como necesidades económicas y/o tecnológicas y el papel del sociólogo es mostrar que son fruto de las decisiones pasadas y presentes de hombres concretos. Y, otra vez más, al lector no le queda más que reconocer que todo esto plausible. Ahora bien, ¿el papel del sociólogo se reduce a borrar de los hechos sociales la etiqueta de «necesidad» y reemplazarla por la de «contingente»? Dejándolo ahí el sociólogo crítico, si bien deja el gorro de creyente apuntado anteriormente, pasa a ponerse el del médico cenizo que sólo puede poner nombre a la enfermedad y certificar la próxima defunción del enfermo: «Ud. va a morir de una construcción social», le venimos a decir a los trabajadores. El diagnóstico es correcto, aunque abstracto o general. Pero la cuestión fundamental y política es: ¿podemos dibujar alternativas? Porque, será un cínico descreído, pero me parece que ningún constructivismo social va a hacer la míni-

ma muesca en el sistema organizado en torno a la maximización de los beneficios por el cual buena parte de la humanidad se rige desde hace ya más de doscientos años. Quien encuentre un modo más eficiente y poderosos de organización económico-social se llevará todos

los premio Nobel juntos. Hasta entonces, en cuanto a alternativas, los sociólogos salimos peor parados que Mariano Rajoy. Por lo menos aquellos a los que no les gusta ni Cuba ni las minas de Potosí.

Tomás Montevite